



Dibujo de Rafael Chanes y Ximena Vicente.

documentales que han pretendido salvarla, al menos, en el papel. Ambos libros, por otra parte, están circulando casi exclusivamente en medios profesionales —arquitectos, urbanistas—, y no han tenido por ello el eco que merecen. Uno es «España dibujada», de los hermanos Efrén y José Luis García Fernández, y el otro, «La arquitectura popular de la Vera», del matrimonio Rafael Chanes y Ximena Vicente (ambos, editados por el Servicio de Publicaciones del Ministerio de la Vivienda).

«España dibujada» es el primer tomo —dedicado a Asturias y Galicia— de una serie que pretendía recoger con lápiz tembloroso, minucioso, la arquitectura anónima, los perfiles de los pueblos, la sabia identificación de la vivienda con el paisaje en toda la geografía española. Tal obra parece haber quedado cortada en este primer tomo dedicado a Asturias y Galicia; ya en la introducción, los hermanos García Fernández decían: «Empresa terriblemente ambiciosa; ya veremos si puede cumplirse, hasta qué grado y de qué manera». Dos años van, y aún no ha aparecido el siguiente tomo, y no por culpa de los hermanos, esforzados peregrinos, García Fernández. Si esta obra quedara inconclusa, sería una prueba más de la miseria cultural de nuestra sociedad.

Como bien ha escrito Joaquín Vaquero Turcios en el prólogo de este tomo, los dibujos de los hermanos García Fernández son algo más que dibujos de arquitectos, ya que añaden a su carácter de herramienta de trabajo arquitectónica el temblor de la emoción artística, y se convierten en herramienta de trabajo histórico, sociológico, etnológico, psicológico, urbanístico, paisajístico. Trabajo romántico por su contenido y por la actitud de sus creadores al emprenderlo, posiblemente que rodeado románticamente inacabado.

«España dibujada» está más cerca del álbum, no sólo por el gran formato apaisado, sino por su contenido: los espléndidos dibujos van acompañados de unas escuetas fichas informativas. Por su parte, «Arquitectura popular de la Vera», de Rafael Chanes y Ximena Vicente, tiene unas pretensiones artísticas menores y, en cambio, una mayor intención crítica. Se propone averiguar el cómo y el porqué de la personal e inteligente arquitectura de esta comarca. Los alzados, los planos, las perspectivas... van recorridos por un abundante texto, que parte de una explicación de la formación del terreno de la región elegida, el estudio del paisaje, la acción del hombre sobre la tierra, la descripción de los cultivos, el clima, flora

y fauna, hasta el análisis de las agrupaciones de viviendas y de viviendas en concreto. Se trata, pues, de un trabajo de alcance distinto al de «España dibujada». Los autores han doblado su actividad de arquitectos con la de geógrafos, etnólogos, sociólogos. En este sentido, han utilizado los métodos de la «observación directa» o «participante», del «análisis del contenido», del análisis secundario, el de la entrevista o «survey», y otras técnicas. En este intento de comprensión y de acercamiento a la «verdad» de la arquitectura popular —arquitectura sin arquitectos, despreciada hasta hace poco frente a la arquitectura monumental—, los autores no han despreciado ningún aspecto que pudiera arrojarles alguna información. Así, estudian las fiestas populares y observan la vida cotidiana. Esta, por ejemplo, les permite explicarse la idea que los habitantes de esta comarca tienen no sólo del interior de las viviendas, sino de la calle: «para el habitante, el pueblo completo es su arquitectura, su refugio y el límite del espacio en que vive. De ahí que se culde tanto la arquitectura exterior».

Es justo decir, al hablar de la Vera, que la consideración de algunos de sus pueblos como monumentos históricos y su relativo apartamiento de las ru-

tas más trilladas han permitido que los conjuntos urbanísticos se mantengan en su pureza. Esperemos que así sigan. ■ C. A. R.

CINE

Las películas «refrigerantes»

Ante la última obra cinematográfica de Alfonso Paso, «Celos, amor y Mercado Común», algunos críticos han comenzado a hablar de las necesarias películas «de verano», es decir, de títulos intrascendentes —e incluso, en ocasiones, absolutamente insoportables y vacuos—, pero que, a juicio de esos críticos, tienen una extraña influencia sobre el clima veraniego. Según esto, en invierno hay que programar las calentitas películas de tesis —un buen Resnais o un buen Bergman mantienen una temperatura ideal—, mientras que en verano, una cuidada selección de films españoles —en primer lugar, los firmados por Alfonso Paso; luego quizá los de Ozores o Escrivá— pueden impedir la deshidratación.

Personalmente, no entiendo la relación que existe entre la necesidad y el calor. Me temo que estos autores «de verano» no varían en absoluto sus «calorías» intelectuales, aunque les rodee la más peligrosa ola de frío. Y por supuesto, los títulos de éxito del verano no cambian en nada con respecto a los de plena temporada; tenemos ahora en los cines madrileños «La prima Angélica» y «Gritos y susurros», que permanecen atrayendo al público, por más que los especialistas en temperaturas filmicas pongan los resultados de sus investigaciones.

Uno de ellos es este film de Alfonso Paso. En él, el prolífico autor teatral cuenta cómo los

españoles «somos muy nuestros» y cómo no hay manera de hacernos «europeos», aunque se pretenda. ¿Y en qué consiste esta peculiaridad racial? Pues en que tenemos muchos celos, somos maricas, retrasados mentales, bravucos, vagos, obsesos sexuales, embusteros... y muy simpáticos. Este es el resumen que se entresaca de la panorámica que el señor Paso realiza por diversos caracteres españoles. Y su conclusión, que hay que seguir siendo así, porque cada país tiene una forma particular de ser y no hay por qué renunciar a ella.

Quien lea esto, creará que en «Celos, amor y Mercado Común» se ofrecerá también algún razonamiento consistente para justificar este «mensaje». Porque será difícil de creer que aún hoy pueda basarse una película en la continuidad de unos chistes baratos y en las muecas estridentes de unos actores desmelenados —Toni Leblanc, Cassen, Fernando Esteso—, como espejo de unos personajes típicamente españoles. Será difícil creer que el intento de sainete que quiere ser esta película se haya limitado a la reaccionaria y acomodaticia visión de quien no se propone un contacto directo y real con el país. No es pensable que un proyecto de reflejo popular de las inquietudes íntimas de unos personajes que se quieren verosímiles no se esfuerce por contactar realmente con esos personajes.

Quien crea que «Celos, amor y Mercado Común» se propuso alguna profundización merecedora de interés, se llevará una sorpresa. La película es simplemente y aceptando la definición una clara película «de verano». Lo que quiere decir que es, de nuevo, una película española engañosa e indignante... aunque no levante indignación alguna. Curiosamente, esas reacciones parecen exclusivas para películas del rigor y la honestidad de «La prima Angélica», por ejemplo. ■ DIEGO GALAN.

Ciento veinticinco millones de espectadores perdidos

Algún día se escribirá el «libro negro» de la exhibición cinematográfica española, y la etapa actual pasará, sin duda, a él con letras de oro. Pocos sectores comerciales habrá en el conjunto económico del país tan torpes, tan desfasados, tan carentes de iniciativas, tan pasivos, como el de los exhibidores. Desprovistos de cualquier espíritu «agresivo» cara al espectador, faltos de una mentalidad empresarial mínimamente imaginativa y acorde con los tiempos, toda su política se reduce a subir los precios cuando las cosas vienen mal dadas. Se limitan a abrir los locales, tras haber efectuado una publicidad de las películas casi siempre inadecuada (en lo que colabora otra rama «entrañablemente» unida a ellos, la distribución), lamentándose sin parar, eso sí, de que la gente no vaya al cine como antes, cuando la gallina de los huevos de oro estaba en plena producción. Protestan por la competencia de otros espectáculos —televisión, fútbol, toros—, pero no se les ocurre combatirlos con ningún medio. Presionan, entonces, sobre la Administración hasta que consiguen un nuevo aumento en las localidades. Y la tienen para «ir tirando» otra temporada, hasta que el ciclo recomience y vuelvan a quejarse y logren más subidas...

Quizá los exhibidores ni siquiera se han molestado en saber que —según los datos oficiales del último «Boletín del Control de Taquilla»— han perdido 125 millones de espectadores en los últimos siete años de 403.080.506 en 1966 a 278.280.464 en 1973) y que anualmente —en palabras del presidente del Sindicato del Espectáculo— se están cerrando de 450 a 500 locales sobre un total censado de 8.545. A ellos sólo parece preocuparles el que las recaudaciones aumenten, ▶